

Andrés Iduarte fue un hombre generoso, un intelectual distinguido, un eficaz promotor cultural y un hombre valiente que supo enfrentar los desafíos de la vida. Un escritor que dejó una honda huella en quienes lo conocieron y leyeron. Sus libros de memorias son parte orgánica del país, imposible comprenderlo cabalmente sin sus páginas memorables. Por desgracia, una burocracia insensible, políticos de poca monta que la historia ha puesto en el basurero, provocaron su salida de México. En Estados Unidos hizo una magnífica carrera como académico, como un agudo profesor que dio a conocer al país entre los jóvenes norteamericanos. Los poetas de su tiempo, los mejores, los más destacados, y en general los escritores, dejaron prueba de su talento y sentido de la amistad. Es un autor que no debe ser un libro más en la biblioteca, hay que leerlo y ver en su obra y su trabajo el coraje, la dignidad y la valentía que se ha ido diluyendo entre nosotros.

El poeta Dionicio Morales ha hecho una selección de textos dedicados a Andrés Iduarte. Es una pequeña muestra del afecto que despertó a su paso por la vida. Nos quedan sus libros espléndidos como *El mundo sonriente* o *Un niño en la Revolución Mexicana*.

El Búho

En el Centenario de Andrés Iduarte

Andrés Iduarte

Andrés Iduarte nace en Villahermosa, Tabasco, el 10 de mayo de 1907, y muere en la Ciudad de México el 16 de abril de 1984. Nace en las calles de Lardo y Sáenz, muy cerca de las casas donde nacieron Carlos Pellicer, José Celestino Gorostiza y José Carlos Becerra. Es hijo de Andrés Iduarte quien era presidente del Tribunal Supremo de Tabasco y profesor en el Instituto Juárez y en la Escuela de Leyes, y de su madre Adela Foucher de quien, como es normal, recibió sus primeras lecciones. Su curriculum profesional es asombroso: Realizó estudios profesionales en la Universidad Nacional Autónoma de México en donde se recibió de abogado en 1927; en París continuó sus estudios de arte y letras de 1928-1930; obtuvo el doctorado en derecho en la Universidad Central de Madrid en 1939, y el doctorado

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

DIONICIO MORALES

en filosofía en la Universidad de Columbia, Nueva York en 1944.

Muy joven se hizo maestro de Historia de México y de Historia General en la Escuela Nacional Preparatoria, donde él estudió, y estuvo como profesor visitante en Cuba, Venezuela y Estados Unidos. Dirigió la "Re-



Horacio Salcedo

vista de la Universidad” de 1930 a 1932 y fue director del Instituto Nacional de Bellas Artes, de 1952-1954, en donde renunció porque a la muerte de la pintora Frida Kahlo sus correligionarios del partido comunista mexicano –que en aquellos años estaba prohibido y no era subvencionado por el Estado como ahora–, con Diego Rivera al frente, pusieron en su ataúd la bandera del partido con la hoz y el martillo, lo que indignó a los funcionarios grandes, y que al parecer, le hizo decidir exiliarse a los Estados Unidos en donde fue maestro, en la Universidad de Columbia, durante más de treinta años. Representó a nuestro país en puestos y comisiones de Gobernación, Educación, Trabajo y Relaciones Exteriores. Fue miembro del Ateneo de Madrid, del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, de la Asociación Cubana de Historia, de la Academia Mexicana de la Lengua.

Recibió premios y distinciones importantes como el primer lugar en un concurso convocado por la Universidad Nacional, en 1931, con su estudio El libertador Simón Bolívar, el de novela corta de Revista de Re vistas, con El himno a la sangre, en 1928; el doctorado Honoris Causa por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en 1953, y en ese mismo año la de Comandante del Imperio Británico, entre otros.

A continuación reproducimos algunos textos de intelectuales famosos, que escribieron sobre Andrés Iduarte:

Andrés Iduarte nació en San Juan Bautista (hoy Villahermosa), Tabasco, el primero de mayo de 1907, a las once de la mañana: Día del Trabajo; sol en Tauro –y aunque él no crea en horóscopos– día bueno para nacer, regido por la perseverancia y memorador de trovadores provenzales. “Ardía el sol, hería la luz, se calcinaba la tierra, bramaba el río, se oía crecer la hierba, crepitaba la selva, caían diluvios del cielo, rugía el tigre, silbaba

la serpiente, sacaban chispas de sus machetes los hombres en pelea abierta...” Fue uno de tantos días en que la creación volvió a empezar con sus trabajos agobiantes para perpetuar la especie: el primero del Génesis.

La Revolución –lengua de fuego que hablaba profecías– pasó por Tabasco; barrió con su viento depurador la loma de Esquipulas, levantó oleajes en Frontera, donde se arremolinaban las aguas del Grijalva y del Usumacinta; incendió los zacatales del Playón; dejó huella de sangre ardiendo en Samarcanda y Tierra Colorada, en El Azufre y en la Poza del Convento, y se detuvo un instante –apenas lo indispensable– en la empinada cuesta de las calles sanjuaninas de Lerdo y Sáenz, donde vivía una familia: la de los Iduarte Foucher, de rancio abolengo juarista, para amalgamar al viejo testamento liberal los evangelios de la Revolución socializante...

Sí, del sureste es la imaginación exuberante, por eso la fantasía y la palabra desbordan a estos enterrerianos de la selva. ¿Cómo han de ser los hombres que llevan volaterías multicolores en el pensamiento y viveros forestales en la sangre; un Grijalva y un Usumacinta en el pecho?: imaginativos, torrenciales, independientes, inteligentes, verbosos, malhablados, incendiables...

Hombre de “tristeza filosófica y de alegría vital” –según sus propias palabras–, Andrés Iduarte inicia su actividad de escritor por aquellos tiempos, cuando formó la Unión de Estudiantes Tabasqueños y puso en letras de molde sus iniciales opiniones políticas, en un periodiquito preparatoriano titulado

“Avalancha”, donde publicó –influido por las lecturas de Kropotkine y José Ingenieros– el artículo “México y el socialismo”. Más tarde editaría –agosto de 1925– un tabloide de dieciséis páginas, Tabasco Nuevo, en el que atacaba al gobernador de su estado, el licenciado Tomás Garrido Caníbal, en un artículo titulado: “El Sultán Rojo”, así como a los presidentes Obregón y Calles...

RAYMUNDO RAMOS

Homenaje a Andrés Iduarte

Juan Rejano

1

Melancólicamente abro el libro de nuestra amistad y en la primera página me deslumbra un fulgor, me asedia un aroma:

Málaga está frente a mí: Málaga, niña del mar, estrella de mar varada en la arena; Málaga, desvelado jazmín embriagando la noche del sur.

Allí, bajo un cielo de insondables azules, entre unas gentes nacidas para la hipérbole cordial, fue nuestro primer encuentro.

Algo indefinible nos lleva y nos trae, nos mueve y nos gobierna: traza a su antojo nuestro rumbo. Nadie sabe cuándo brotarán sus horas decisivas, dónde se abrirá la puerta que da a lo desconocido. Algo indefinible.

Tú traías aún en la frente la luz torrencial del trópico, el

rumor de los ríos inmemoriales de Tabasco, y en los ojos el sueño no cumplido de una tierra altiva en el dolor, bronca y suave como su sangre insumisa.

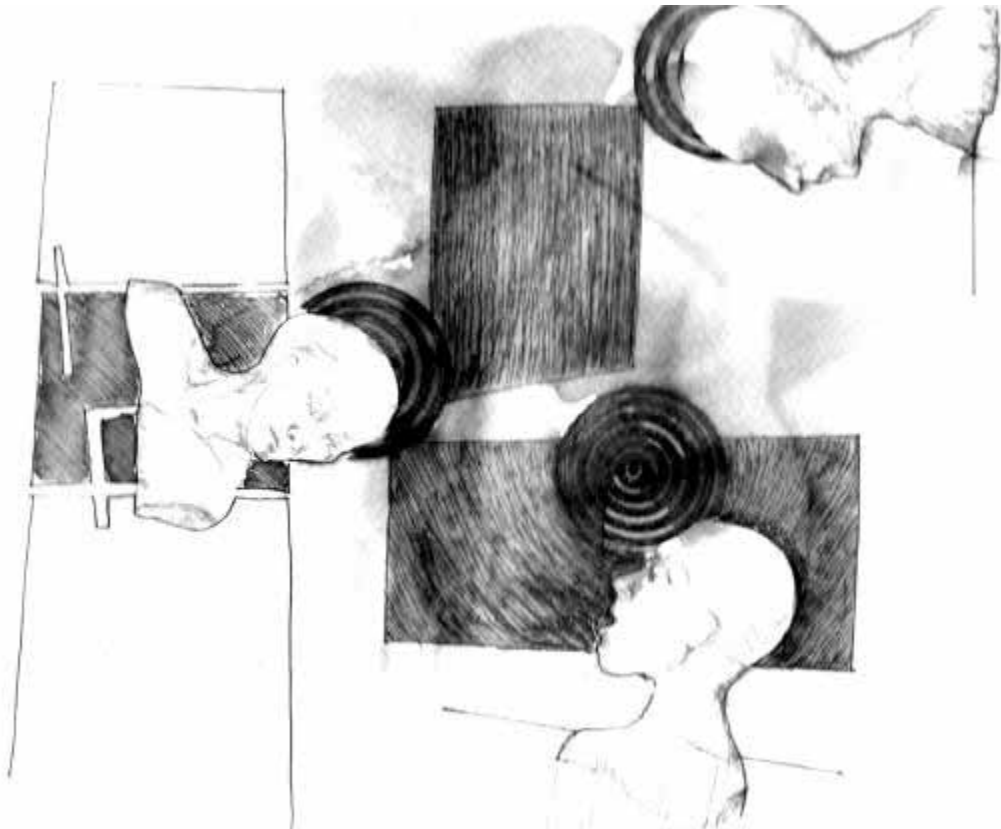
Te daba yo mis brazos, abiertos, desde la adolescencia a la fraternidad humana, y sentía estrecharte como un estremecimiento de mis raíces –de unas raíces que se entrelazaran con otras de su mismo origen.

Málaga, vegetal y marina, a donde yo, hijo de la campiña bética y el olivo cordobés, hallé un día maternal regazo, cobijó nuestra amistad, la anudó con lazos perdurables que el tiempo no ha podido escindir.

2

Pero doblo la hoja y un crispado relámpago, un vendaval de fuego se me viene encima, me levanta y arrastra hacia su vórtice:

La ciudad es ahora un gigante en llamas, un grito en



Paty Coba

carne viva, un puño en alto:

Málaga, rota por las medusas del odio y la traición, como toda la tierra peninsular, sacude sus hombres luminosos, se pone de pie, casi toca el cielo: de acero y no de espuma es ahora su escudo.

Abandona el jabegote sus redes, y el obrero la máquina, y el aula el estudiante, y todos, un alud, van con su sangre a cuestras a enfrentarse a lo aciago.

Mira es nube humana que del litoral a las plazas y los jardines asciende. Mira ese rojo lucero asomado por las crestas de Gibralfaro como la frente de un día hermoso y terrible.

Tú, viajero ilusionado, buscabas a España y acaso llegaste a entreverla en los rostros de los campesinos y los marineros galaicos, en las milenarias arrugas de la meseta castellana,

en las calles populosas de Madrid.

Pero es aquí donde la encuentras en pleno ser. Es aquí donde descubres ese instinto profundo, ese aullido que sube de las entrañas cuando el hombre traicionado, agredido, se desata como una furia antigua y alcanza una estatura sideral.

Quizá, sin buscarlo, fuiste entonces testigo de uno de los instantes más altos del espíritu español, que era a la vez conciencia universal. No testigo impasible, si presencia activa y generosa, identificada con la inocencia en armas y su conmovedora hazaña.

Tan conmovedora, que con ella en lo más hondo, con España

en el corazón, como nuestro hermano chileno, has caminado a lo largo de tu obra y de tu vida, sostenido por una inextinguible fidelidad.

3

Desde México escribo ahora estos renglones apasionados, tal vez inválidos, para acudir al homenaje que tus discípulos y tus amigos te ofrecen.

El mundo ha cambiado desde los días de España -dicen.

El mundo. ¿Y los hombres? ¿Han cambiado los hombres?

La espesa muralla tras la que se ocultan garras y sombras sigue aplastando nuestra casa y nuestra existencia.

Una edad pura y heroica sucumbió, y el sueño hermoso en que ardió nuestra juventud aún espera el alba.

Yo caí en México después del estrago. Aquí encontré tu huella, la huella de aquel mexicano que en España, entre niños acribillados y héroes como niños, fue nuncio de lo que para el hombre derrotado sería más tarde su patria.

Su patria: tu patria, Andrés, que es ya también la mía:

México, volcán y milpa, siglos de insurgencia, vasta ola traspasada por un sol de sangre, está ya en mis huesos y en mi espíritu, como en los tuyos aquella España del himno roto y el resplandor estrangulado.

Destinos casi paralelos: lejos de México tú, lejos de España yo, en la nostalgia y en la esperanza hemos consumido nuestra vida.

Sin amargura, sin desaliento. Erguidos permanecemos.

Erguidos y rodeados de corazones jóvenes. Las desventuras no han hecho sino ahondar en nosotros el viejo cauce de los sueños por donde sigue corriendo un agua transparente.

Agua que refrescará nuestro espíritu -lo sé bien- hasta su último aleteo

El libro de Andrés Iduarte -Un niño en la Revolución Mexicana- es todo verdad. No creo que contenga un adarme de mentira. Es un libro desnudo. En él se ven, de cuerpo entero, al escritor y al hombre. Ni finge, ni grita: dos virtudes raras en nuestro clima político. El niño va abriendo los ojos y va enterándose de lo que pasa. No nace, como otros, deletreando letras revolucionarias. Andrés Iduarte pudo poner al frente de su libro una frase de esta especie: aquí no se engaña a nadie.

ERMILO ABREU GÓMEZ

El escritor que hay en Andrés Iduarte, tan abundante de gracia y de gracias, es para los cubanos, primordialmente, el afortunado revelador de las calidades de José Martí como escritor de magnos poderes. En la historia del comentario sobre la obra de nuestro libertador ocupa Iduarte un lugar adelantado y primerísimo...

Un lugar precursor que debe destacarse en el inicio de su madurez venturosa. ¿Sería lícito sospechar, en la feliz coyuntura, la presencia de una exigente y afilada sinfonía de linaje mexicano? ¿No habrá en el buceo fructuoso de Iduarte aquella tensa sabiduría apasionada –llama con garbo–, que nos sorprende y encanta en los meditadores de la “región más transparente del aire”? La sola sospecha es una alusión definidora. En el libro de Andrés Iduarte sobre Martí escritor se deslindan territorios que han sido transitados después con honra y pro-

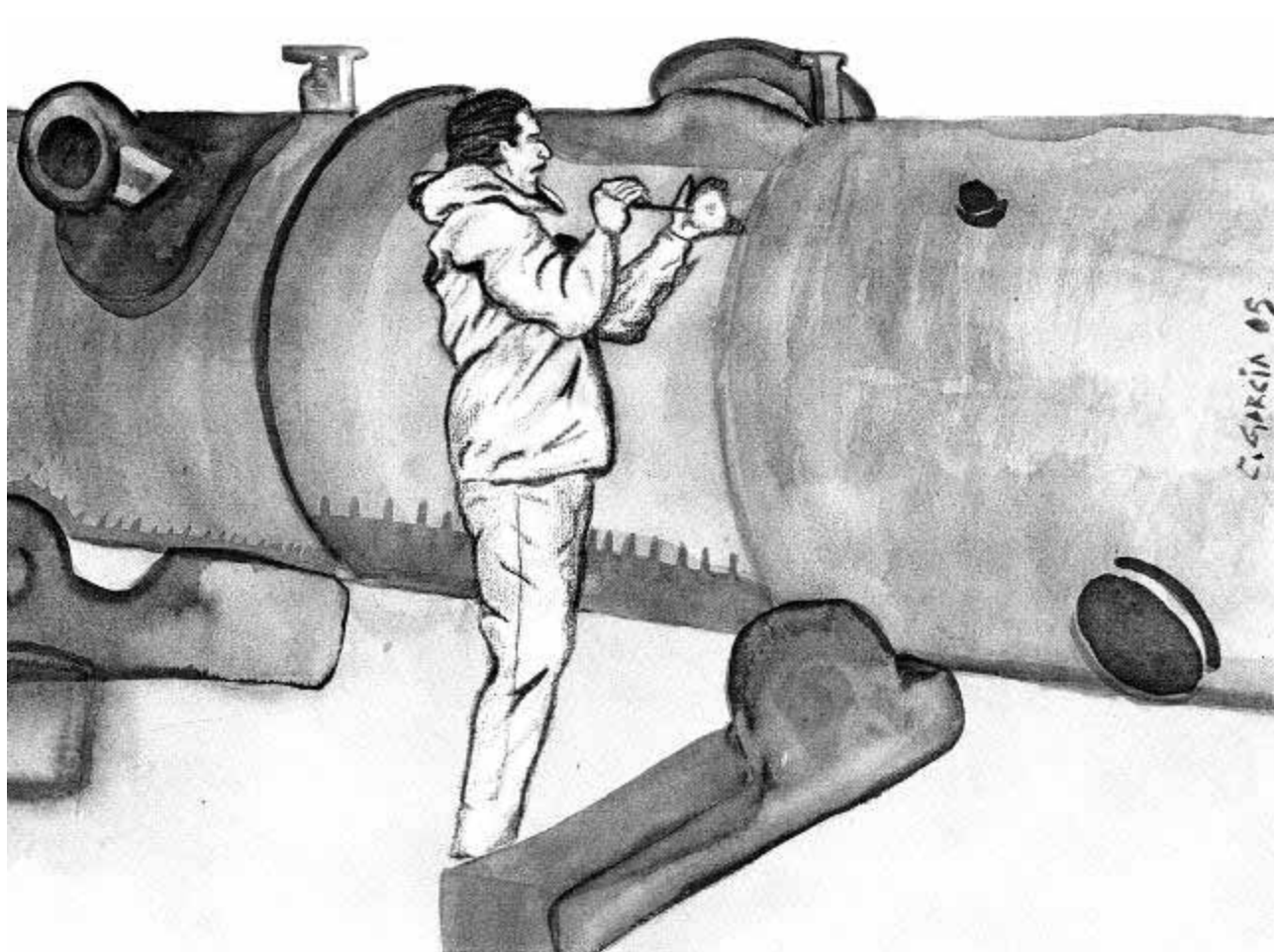
vecho. Afincados en sus mirajes se han levantado muchas perspectivas. Esa lección de rigor libertado ha gravitado benéficamente sobre buena suma de enjuiciamientos posteriores...

En estos momentos, en que, como pedía el Apóstol, la ley primera de su República es la dignidad plena del hombre, saludamos en Andrés Iduarte el entendimiento temprano de quien sigue siendo padre de su tierra, defensor de su América y ordenador profético de la vida y del arte.

JUAN MARINILLO

El Un niño en la Revolución Mexicana, de una verdad personal y universal, como han de ser todas las memorias que se convierten en palabras escritas.. .

¡Cuánto detalle fino, y gracioso, y serio, y tremendo, en ese sencillo modo de contar los primeros años. Ya le



Carlos G. M.

quedan a uno las ganas de esperar la continuación, que Iduarte tiene que darnos, la de su México de estudiante mayor, la de su España y su Francia de hombre viajero y literato...

¡Qué gusto ver reflejada en estas páginas la honrada, clara, fiel a sí misma siempre, personalidad de Iduarte! Hombre de una pieza, de una gran pieza. Eso es lo que se ve en este libro.

EUGENIO FLORIT

Escritor de vocación sostenida, Andrés Iduarte ha ejercido el periodismo, la polémica, el ensayo, la biografía y la crítica con apasionamiento y eficacia. Su palabra y su obra son muestra de conocimiento fervoroso, activo y ejemplar, en México y fuera de México. Su apostolado en las letras –así puede llamarse siempre ha estado al servicio de América, por el aseo de América, que decía Alfonso Reyes. Americanería andante que Iduarte ha sabido mantener alerta a lo largo de su vida, en México, Francia, España y los Estados Unidos. Resulta natural que hoy quiera volver los ojos a su dintorno, para dar el testimonio vital más inmediato, el más personal de cuantos su pluma ha trazado.

MANUEL MEJÍA VALERA

Andrés Iduarte: mi tocayo, mi contemporáneo, mi amigo y compañero de aulas, aunque no su par en las letras que él cultiva sabio, heroico y discreto, continúa ahora la vieja tradición literaria de Sainte-Beuve, entre los franceses ilustres, y de Fidel, de Gutiérrez Nájera, entre nosotros, de reunir sus colaboraciones periodísticas de día fijo, en verdad auténticos ensayos, que merecen volumen. En efecto, Iduarte es un donoso ensayista, un crítico literario de extensa y variada erudición, un literato a la manera vieja, es decir, la buena la permanente, la que no pasa.

Andrés Iduarte es tabasqueño. De su pueblo tiene lo bronco y liberal, que dijo José Martí. Pero, a sus horas,

sabe ser suave y tierno, dócil y cortés; el milano y la paloma, el lobo y el cordero, como para que mejor se cumpla aquella divisa de Manuel González Prada, que Iduarte subraya ay que estar preparados para ser lobos con el lobo, y corderos con el cordero. Siempre fue así, Iduarte. Desde sus años mozos, desde que se inició en el camino de las letras, que ha recorrido largamente. Como los jóvenes de su tiempo, leyó a todos los escritores y poetas de España y a todos los de Hispanoamérica, sin olvidar, claro está, a los del resto del mundo. Su estilo es, por eso, castizo, escueto, todo él saturado de savia, es decir de jugos del terruño, de aromas de la tierra, y de lágrimas, por supuesto. Sus progenitores literarios los puede identificar cualquiera, con sólo leer algunos de sus ensayos, observar algunos de sus temas. Se hizo escritor leyendo a Baroja, Pereda, Galdós, Valle-Inclán, Azorín. A Unamuno y Gasset, a Costa y Larra: grandes negadores, a la vez que afirmadores de España. Se formó con la lectura de Ramírez, Altamirano, Sierra, Vasconcelos, sin olvidar a los poetas y cronistas: Riva Palacio, Gutiérrez Nájera, Urbina, Othón, Nervo, Díaz Mirón, López Velarde. Frecuentó desde estudiante a los maestros americanos: Sarmiento, Lastarria, Bello, Bilbao, Bolívar, Varona, Merchán, Rafael Barret, Hostos y González Prada, ya memorado. Iduarte es autor –no olvidado– de uno de los libros señeros acerca de uno de los más grandes escritores americanos: Martí, escritor. Y como las cosas caen por donde se inclinan, y todo el resto de la vida pende de la mocedad, Iduarte cultiva los temas americanos, con el tratamiento que sus mayores les dieron, sin olvidar que las cuestiones americanas han de resolverse desde las universidades americanas.

Andrés Iduarte no deja pasar nada que pretenda menoscabar el buen nombre de América, de su inteligencia, de su pasión y de sus glorias. Y como ama y conoce a España, quisiera que los españoles conocieran y amaran a América. Como eso no siempre ocurre,

Iduarte vive de pelea con los españoles que olvidan que, desde cierto día, España no se explica sin América, como ésta sin España. Contra todos, levanta a fray Bartolomé de las Casas; pero no olvida a Pedro de Gante, a Toribio de Benavente, a Bernardino de Sahún. Junto a Cortés, Cuauhtémoc. Junto a Manrique, Nezahualcóyotl. Ésas las prédicas de Andrés Iduarte, desde hace cerca de medio siglo.

Vive Andrés Iduarte en Nueva York, desde hace un poco más de tres décadas, dedicado a la enseñanza de la literatura hispanoamericana en la Universidad de Columbia. Vivió largos años en España y en Francia: estudiando, escribiendo, en el cultivo de la amistad y el diálogo con los creadores de nuestros pueblos: poetas, escritores, políticos, haciéndose escritor minuto a minuto. ¿Por qué no ha de ser el escritor que es: preciso, neto, de sangre y raza?

Muchos libros ha escrito Iduarte, y centenares, si no es que miles, de artículos. Sus cartas se cuentan por millares; sus cartas, que son, también, un poco, artículos, páginas de un diario, capítulos de libros que tiene en telar. Porque vive, porque alienta, no siempre se advierte la presencia y los trabajos de mi tocayo y amigo. No esperemos que el hombre muera para desenterrarlo. Dígase antes el elogio que la oración fúnebre, aunque, por tan corta la vida, las dos sean la misma cosa. Algunos centenares de tesis sobre las letras en lengua española ha dirigido Andrés Iduarte desde su cátedra de Columbia. ¿No es ésta una noble y elevada forma de servicio a las letras? Lo es. Y al recordarlo, adelanto las manos para aplaudir a Andrés Iduarte, un mexicano que nos honra.

ANDRÉS HENESTROSA

... Nos llama la atención que a los diez y seis años empezara su carrera como periodista y analista político, desde su época de estudiante, en revistas y periódicos como *Avalancha*, *Policromías*, *Agora*, *Verbo Rojo*, *El comendador*, *El Herald*o estudiantil. Pero más nos sorprendimos

cuando en 1983, a raíz de la publicación de sus obras completas en Joaquín Mortiz, su libro *Preparatoria*, llamado así porque casi todos los textos reunidos los escribió cuando estaba en la preparatoria, ya sea como alumno o como maestro, conocimos textos inéditos escritos desde los catorce años, que nos muestran a un Andrés Iduarte, antes que nada dentro del oficio de escritor, no como un periodista sino como un narrador, como él mismo reconoce en el prólogo para esa edición.

Nos sorprende porque, por lo general, es difícil encontrar tantos aciertos, como imaginación y un lenguaje preciso y claro, casi sin titubeos, en escritores de esa edad, como en su texto “Vida y andanzas del fiel perro lord Lister” (*Raffles*), fechado en 1921. En este libro de sus vivencias políticas preparatorias, en donde habla de sus amigos y contemporáneos, Iduarte utiliza las iniciales de sus nombres, como un gesto de caballerosidad, para no molestar a nadie, y también algunos de estos textos fueron publicados con pseudónimo, como “Capirotazos”, firmados por *Trasgo*, y otros por *Sepulturero*.

A la edad de diez y ocho años escribe su artículo “Simón Bolívar”, que leyó en su clase de historia en la *Preparatoria*, antecedente de un trabajo más extenso y profundo que publicará años después sobre el libertador de América, que como dice José Martí: “Recorre más tierras con las banderas de la libertad que ningún conquistador con las de la tiranía”. En este ensayo, Andrés Iduarte muestra otra de las características que tendrá su escritura, al contar no sólo las acciones que realizó Bolívar para que trascendiera en nuestro continente como lo que es, como un genio, sino también evoca sus errores, sus equivocaciones, sus excesos –sobre todo personales en los inicios de su vida– para que la imagen del libertador nos llegue con perfecta nitidez. Aquí podemos recordar que en ese año de 1925, Carlos Pellicer también publicó su libro sobre Simón Bolívar, y no sabe-

mos si Iduarte lo había leído, parece que no, o es una simple coincidencia.

También a esa edad –diez y ocho años– tiene su primer acercamiento hacia la personalidad y la obra del gran poeta cubano José Martí, representante del movimiento literario que se conoce con el nombre de “Modernismo”, héroe de la independencia cubana y personaje por su lucha ideológica en América Latina, y como bien señala Martí, “la biografía de un ser prominente viene a ser un curso de historia, Iduarte empieza por contarla. Debemos señalar que con José Martí nuestro paisano guarda ciertas similitudes en su vida: desde chamaco revelan su precocidad para la literatura, empiezan a escribir a esa edad, desde sus inicios se declaran revolucionarios. Aunque tanto el escrito sobre Bolívar como el de Martí nos ilustran con un poco de la biografía de cada uno de ellos, también nos hablan, a grandes rasgos, de la trayectoria revolucionaria de estos ilustres latinoamericanos. La lámpara votiva de la vida y obra de Martí iluminará para siempre, en todo momento, la trayectoria del tabasqueño.

Para que nos demos una idea de lo que contiene este libro de Preparatoria, referente a los temas diversos que trató desde sus inicios, y que seguirá abordando con el paso del tiempo –obsesivo que es– voy a mencionar algunos títulos de sus artículos: México y el socialismo, La guerra de Independencia como fenómeno social, Estudio comparativo entre la Independencia de Norteamérica y la Independencia de las colonias Iberoamericanas, El cristianismo y su significación histórica, La juventud europea y la élite joven de México. Posiciones políticas de la juventud, etcétera.

Con esta publicación, Andrés Iduarte entró de lleno al mundo que sería su preocupación fundamental a lo largo de su vida, en donde casi no hay tema de actualidad que no haya tratado con la honestidad, la fuerza, la entereza que siempre lo caracterizó y que al leerlos nos transmiten una primera visión global de su personalidad, de su pensamiento liberal, y por lo que luchó hasta convertirse en uno de los escritores, de los maestros, de los intelectuales más prominente de Hispanoamérica... 📖

DIONICIO MORALES



Ma. Emilia Benavides